

Opinión

Reunión Trump-Xi: expectativas y realidades



Kai Torrella Fajas

La reunión entre Xi Jinping y Donald Trump es posiblemente el evento geopolítico más relevante del año. Con las elecciones legislativas de noviembre en EEUU y una economía china que busca estabilidad, ambos líderes se la jugaban mucho. Al término del primer día, Trump calificó las conversaciones de “extremadamente positivas y productivas” y brindó por “los ricos y duraderos lazos entre el pueblo estadounidense y el chino”, cerrando la jornada con una invitación formal a Xi y a su esposa Peng Liyuan para visitar la Casa Blanca el próximo 24 de septiembre, la primera vez que se fija una fecha concreta para ese encuentro en Washington. Hecho destacable e importante.

Existía cierta desconfianza, y no era para menos: los antecedentes no invitaban al optimismo. En la última visita de Trump, en noviembre de 2017, Xi recibió al presidente estadounidense casi con honores imperiales, mientras que éste se deshizo en elogios hacia su homólogo chino. Se anunciaron acuerdos comerciales por valor de 250.000 millones de dólares, pero meses después Trump anunció aranceles a electrodomésticos y paneles solares, y posteriormente al acero y al aluminio, acompañados de una investigación por robo de propiedad intelectual. A mediados de 2018, la guerra comercial entre los dos gigantes era total. Pekín

recordó ese precedente con claridad meridiana durante toda la negociación, sin olvidar que las promesas de una cumbre no siempre se traducen en compromisos duraderos.

Tras la escalada arancelaria del año pasado, en la que Estados Unidos llegó a imponer una tarifa del 145% a ciertos productos chinos, esta reunión buscaba una “tregua”. La primera señal llegó ya en mayo de 2025, cuando ambas delegaciones se sentaron en Ginebra y acordaron una reducción sustancial: Washington recortó sus aranceles del 145% al 30%, mientras que Pekín los redujo del 125% al 10%, con una suspensión inicial de 90 días. Aquel acuerdo de mínimos abrió la senda a la negociación actual, que se celebró en el Gran Palacio del Pueblo de Pekín, en el marco de la primera visita de Estado de un presidente estadounidense a China desde 2017.

Sobre la mesa vuelven a estar los mismos grandes capítulos. De un lado, las tierras raras, donde China ejerce un cuasi monopolio mundial y a las que recurrió como palanca negociadora restringiendo su exportación durante la escalada arancelaria de 2025. Para recuperar ese acceso, Trump llegó a Pekín dispuesto a abrir la puerta a que China adquiriera semiconductores avanzados estadounidenses clave para la inteligencia artificial, un intercambio que ilustra hasta qué punto la interdependencia tecnológica entre ambas potencias es ya inseparable de la geopolítica. A cambio, Washington esperaba mayores compras chinas de productos agrí-

colas como soja y cereales, así como pedidos a fabricantes estadounidenses como Boeing. La Administración Trump buscó igualmente lanzar una Junta de Comercio bilateral para gestionar las diferencias y evitar futuras guerras arancelarias.

Taiwán: línea roja

Otro punto clave es la “línea roja” de Taiwán. Xi ha sido meridianamente claro: Taiwán es innegociable. China buscó una declaración institucional de Trump en la que se opusiese de alguna manera a la independencia de la isla, en un momento en el que EEUU ha paseado su influencia por Venezuela y lo intenta con Cuba, a cambio de alguna ventaja, quizás de mejores acuerdos comerciales. La presión no fue menor: Trump llegó a Pekín con la sombra del mayor paquete de armas jamás aprobado para Taiwán, por valor de 11.000 millones de dóla-

res, autorizado en diciembre, pero aún no suministrado, lo que convirtió este punto en uno de los más espinosos de toda la agenda.

Sobre el punto clave de extrema actualidad, el estrecho de Ormuz, tenemos una declaración de intenciones que invita al optimismo. Ambos líderes buscan que el flujo de transporte avance y desencalle una situación que ha puesto en jaque los mercados de medio mundo.

Paralelamente se trataron temas de cooperación como el cambio climático o el fentanilo, que sirvieron como gestos de buena voluntad sin demasiado coste político. Son los llamados *quick wins* diplomáticos: avances modestos pero visibles que permitieron a ambos líderes regresar a casa con algo que mostrar a sus respectivas audiencias.

Tuvimos, como era de esperar, la fotografía de ambos líderes sonriendo en el Gran Palacio del Pueblo, pero tras esas sonrisas se presentó una oportunidad única para un acercamiento de las dos potencias en acuerdos *win-win* para ambas partes. Y la reunión sirvió también para utilizar la diplomacia con el fin de bajar la intensidad de los conflictos geopolíticos a los que nos enfrentamos en los últimos tiempos, pues los apoyos y declaraciones de ambos presidentes son influyentes y determinantes en un mundo que mira hacia Pekín con más atención que nunca. Sólo el hecho de que los dos grandes *players* se hayan reunido es una victoria para ellos y para el mundo.

Consejero delegado de Gesinter y gestor del fondo Gesinter China Influence

El hecho de que los dos grandes 'players' se hayan reunido es una victoria para ellos y para el mundo



Más preguntas que respuestas



Santiago Álvarez de Mon

Si nos damos un paseo por el mundo no nos vamos a aburrir, imposible. Muchos e importantes frentes abiertos, como para que nos entre el sopor. Siguiendo criterios de actualidad llama la atención lógicamente la guerra de EEUU con Irán, con la participación en la misma de Israel. Sus consecuencias en las fuentes de energía, todos hemos aprendido a situar en el mapa el estratégico estrecho de Ormuz, su impacto en la economía mundial, alimentan la incertidumbre y la amenaza de una crisis severa. No podemos olvidarnos de Ucrania, sería injusto, moralmente inaceptable, es justo lo que desea el siniestro presidente ruso. Tampoco de África, eterna ignorada. Con un grandísimo problema de seguridad, terrorismo en Nigeria, el drama de Sudán, Etiopía, Senegal... no debemos mirar a otro lado, aceptar pasivamente que el Mediterráneo sea una frontera volcá-

nica. La brecha inédita en el eje transatlántico EEUU-Europa, aliados fieles desde 1945, por mor del liderazgo narcisista y temerario de Trump, exige replantearse muchas cosas, entre otras, el papel de la OTAN, y ver si Europa es capaz de hacer de la crisis una oportunidad para refundarse y madurar. Hay que librar la batalla en tecnología e innovación si no queremos perder el tren del futuro. También toca ocuparse de nuestra política de defensa, no abdicar en un inestable y caprichoso Estados Unidos.

De fondo se divisa a China, el gigante agazapado, presente en todos sitios, América, África... con la ventaja de poder pensar a muy largo plazo sin el “incordio” de las citas electorales cada equis años, típicas de las democracias liberales. De hecho este es uno de las de los asuntos más delicados, el deterioro progresivo de democracias que son gobernadas desde la independencia de los 3 poderes –legislativo, ejecutivo y judicial– y el avance preocupante de autocracias que reprimen la libertad y dignidad de la persona. En el trasfondo de todo ello, la revolución tecnológica, el desarro-

llo imparable de la IA, su impacto en cuestiones estratégicas: nuevas formas de hacer la guerra, de trabajar, de aprender, de relacionarnos entre nosotros, etc.

Después de este breve, superficial repaso me gustaría subrayar algunas claves.

1. La importancia de una mirada fresca, curiosa, asombrada, capaz de captar la inmensidad y dinamismo de la realidad. Más fácil de decir que de practicar. Como advertía sabiamente con su fina ironía irlandesa Bernard Shaw, “con el único que puedo hablar es con mi sastrero, cuando llega toma nuevas medidas”. Nos hace el traje de hoy, no el de hace años, ni el de los próximos tiempos. Prisioneros de todo tipo de sesgos –estéticos, ideológicos, morales...– nuestra percepción de la realidad se va divorciando de la misma, acabando en un paisaje de etiquetas y prejuicios excluyentes.

2. Dada la complejidad del mundo que nos ha tocado vivir, lo lógico es que abunden las preguntas incisivas, pertinentes, oportunas, en lugar de ofrecer respuestas manidas, obsoletas, superadas. De hecho, éste es uno

de los rasgos distintivos de los diferentes populismos. A problemas intrincados, profundos, siempre tienen soluciones mágicas, atajos ideológicos que no hacen más que exacerbar la raíz de los desafíos planteados. Como hace un buen médico, primero necesita un diagnóstico certero y completo de los problemas detectados, y entonces, y no antes, elige un tratamiento. No existen soluciones fáciles y demagógicas que nos lleven a un nirvana soñado. Entre otros males, los populismos son vagos, superficiales, estúpidos.

3. En esa línea de honestidad y trabajo, si se quiere ir a las causas de los problemas de convivencia suscitados, la historia se revela una asignatura crucial pendiente. ¿Qué sabemos de la historia de Rusia, de Ucrania? ¿Esconde alguna pista a seguir? ¿De China, de su tradición espiritual, de Confucio, del maoísmo, del comunismo en su versión más económica y pragmática? Ya no digamos de África, continente maltratado, enjambre de colonias de dudosa reputación ética. Si no conoces tu pasado, si no sabes de tus raíces, muchas posibilidades de

que el futuro quede seriamente hipotecado.

4. Por último, ¿casa bien la ecuación problemas universales, soluciones locales? Si los retos son de índole global, ningún país es autosuficiente, en mayor o menor medida todos son vulnerables a las reacciones de los otros, la respuesta ha de tener en cuenta a todos los afectados. Si no, el resentimiento, las ganas de revancha anidan en el seno de una cultura herida. A este respecto, la falta de prestigio y poder real de entidades supranacionales de gobierno no es una buena noticia. Que la ONU y otras instituciones de similar índole, estén atrapados en su maraña burocrática, en sus intereses creados, no beneficia a nadie, salvo a los que quieren campar a sus anchas. La idea de soberanía decisoria –sea local, nacional, supranacional– se revela decisiva.

Lo más personal es lo más universal, afirmó Carl Rogers. Cuando profundizamos en nuestra identidad personal, descubrimos que en nuestra esencia el otro soy yo, sea africano, asiático, europeo, americano...

Profesor en IESE